

Jacques Lacan

**Seminario 6
1958-1959**

EL DESEO Y SU INTERPRETACIÓN

(Versión Crítica)

24

Miércoles 10 de JUNIO de 1959¹

¹ Para los criterios que rigieron la confección de la presente *Versión Crítica*, consultar nuestro **Prefacio**: «Sobre una *Versión Crítica* del Seminario 6 de Jacques Lacan, *Le désir et son interprétation*, y nuestra traducción». Para las abreviaturas que remiten a los diferentes textos-fuente de esta *Versión Crítica*, véase, al final de esta clase, nuestra nota sobre las **FUENTES PARA EL ESTABLECIMIENTO DEL TEXTO, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE ESTA 24ª SESIÓN DEL SEMINARIO**.

En nuestro último encuentro, desarrollé la estructura del fantasma en tanto que es en el sujeto lo que llamamos el sostén de su deseo; el fantasma, ahí donde podemos captarlo en una estructura suficientemente completa para servir a continuación de alguna manera de placa giratoria en aquello a lo que nos vemos llevados a referirle diversas estructuras, es decir en la relación del deseo del sujeto con lo que desde hace mucho tiempo desigmo para ustedes como siendo, más que su referencia, su esencia en la perspectiva analítica, a saber el deseo del Otro.

Hoy, como se los he anunciado, voy a tratar de situarles la posición del deseo en las diferentes estructuras digamos nosológicas, digamos las de la experiencia — en el primer plano, la estructura neurótica.

El fantasma perverso [ya lo hemos estudiado]², puesto que es el que he elegido la última vez para permitirles apuntar en él lo que corresponde a la función del sujeto y a la del objeto en el fantasma en tanto que es el soporte, el índice de cierta posición del sujeto, así como es la imagen del otro la que es el punto de partida y el soporte — al menos en ese punto donde el sujeto se califica como deseo, hay esta estructura más compleja que se llama el fantasma, y donde paradójicamente he sido conducido la última vez, tomando una forma particular, especialmente ejemplar, no sin profundos motivos, la del exhibicionista y del *voyeur*, a mostrarles que contrariamente a lo que demasiado a menudo se dice, no son éstas dos posiciones de alguna manera recíprocas, como una suerte de precipitación del pensamiento lleva a formularlo: aquel que muestra / aquel que ve, completándose uno con el otro.

Se los he dicho, esas dos posiciones son al contrario estrictamente paralelas, y en los dos casos el sujeto, en el fantasma, se encuentra indicado por algo que hemos llamado la hendidura {*fente*}, la hiancia {*béance*}, algo que es, en lo real, a la vez agujero y destello en tanto que el *voyeur* espía detrás de su postigo, que el exhibicionista

² Los términos entre corchetes son interpolaciones de las transcripciones que llenan blancos explícitos o supuestos en la dactilografía, cuando no reemplazan variantes inverosímiles.

entreabre su pantalla, que está ahí indicado en su lugar en el acto, que él no es nada más que este destello del objeto del que se habla, y, vivido, percibido por el sujeto por la abertura de esa hiancia, en algo que lo sitúa a él como abierto. ¿Abierto a qué? A otro deseo que el suyo — suyo que está profundamente afectado, conmovido, golpeado por lo que es percibido en ese destello.

Es la emoción del otro más allá de su pudor; es la abertura del otro, la espera virtual en tanto que ella no se siente vista, y que sin embargo es percibida como ofreciéndose a la vista; es esto lo que caracteriza en los dos casos a esta posición del objeto que está ahí, en esta estructura, tan fundamental, puesto que al fin de cuentas la experiencia analítica la sitúa en el punto de partida de lo que ha encontrado al comienzo sobre la vía de las causas y de los estigmas generadores de la posición neurótica, particularmente la escena percibida, la escena llamada primitiva.

Ella participa de esta estructura, es decir por una inversión sin duda de esta estructura que hace que el sujeto vea abrirse algo, que es esa hiancia súbitamente percibida, algo que muy evidentemente en su valor traumático tiene relación con el deseo del Otro entrevisto, percibido como tal, que queda ahí como un núcleo enigmático hasta que ulteriormente, *après-coup*, pueda reintegrar su momento vivido en una cadena que no será forzosamente la cadena correcta, que será en todo caso la cadena generatriz de toda una modulación inconsciente, generatriz infiltrada en la época de la neurosis.

Les pido que se detengan en esta estructura del fantasma. Desde luego que es un tiempo suspendido, como lo he subrayado, lo que constituye su valor. Lo que constituye su valor es que es eso, es un tiempo de detención. Un tiempo de detención que tiene este valor de índice corresponde a un momento de acción donde el sujeto no puede instituirse de cierta manera x — que es justamente lo que designamos como deseo aquí, lo que tratamos de aislar en su función de deseo — para hablar propiamente, más que a condición de perder, este sujeto, el sentido de esta posición.

Pues es eso, el fantasma le es opaco. Nosotros podemos designar su lugar en el fantasma, quizá él mismo puede entreverlo, pero el sentido de la posición, a saber aquello por lo cual está ahí lo que se

manifiesta de su ser, eso el sujeto no puede decirlo. Ahí está el punto esencial: *afánisis*. Sin duda el término es feliz y nos sirve, pero a diferencia de la función que le da Jones en la interpretación del complejo de castración, su forma es enigmática.

Nosotros vemos en el fantasma que la *afánisis*, por lo menos ahí donde el término desaparición — *fading*, he dicho también — es utilizable para nosotros, no es en tanto que *afánisis del deseo*, es en tanto que en la punta del deseo hay *afánisis del sujeto*. El sujeto, en tanto que se situaría en su lugar, que se articularía como Yo {*Je*} ahí donde Eso habla {*Ça parle*} en la cadena inconsciente, en tanto que no puede ahí indicarse más que en tanto que desapareciendo de su posición de sujeto {*S*}.

A partir de ahí vemos aquello de lo que va a tratarse. En tanto que hemos definido ese punto extremo, ese punto imaginario donde el ser del sujeto reside en su densidad máxima — éstas no son más que imágenes para que vuestro espíritu se enganche a una metáfora — a partir del momento en que vemos, en que definimos ese punto imaginario donde el ser del sujeto en tanto que es aquel que se debe articular, nombrar en el inconsciente, no puede en ningún caso, en último término, ser nombrado, sino únicamente indicado por algo que se revela él mismo como corte, como hendidura, como estructura de corte en el fantasma; es alrededor de este punto imaginario — y esto es, en todo dominio, legítimo si podemos articular su estructura por lo que parte de ella — que vamos a tratar de situar lo que sucede efectivamente en las diferentes formas del sujeto, que no son de ningún modo obligatoriamente formas homogéneas, formas comprensibles de un lado por aquel que está del otro lado.

No sabemos más que demasiado a este respecto lo que puede engañarnos en la comprensión de una psicosis. Por ejemplo debemos guardarnos de comprender si podemos tratar de reconstruir, de articular en la estructura. Y es precisamente eso lo que intentamos hacer aquí. Entonces, a partir de ahí, a partir de esta estructura donde el sujeto, en su momento de desaparición — y se los repito, ésa es una noción cuya huella pueden encontrar ustedes cuando Freud habla del “ombligo del sueño”, el punto donde todas las asociaciones convergen para desaparecer, para no ser más reunibles a nada más que a lo que él

llama lo *unerkannt*.³ Es de eso que se trata. Por relación a esto, el sujeto ve abrirse frente a él ¿qué? Nada más que otra hiancia, que, en el límite, engendraría un reenvío al infinito del deseo, hacia otro deseo.

Como lo vemos en el fantasma del *voyeur* y del *exhibicionista*, es del deseo del Otro que se encuentra dependiendo. Es a la merced del deseo del Otro que se encuentra ofrecido. Esto es concreto, lo encontramos en la experiencia. No es porque no lo articulamos que no podemos comúnmente [...] que no es muy fácil de captar.

Cuando yo les hablé largamente, hace dos años, de la neurosis del pequeño Hans, no se trataba de otra cosa.^{4, 5} Es en tanto que en un momento de su evolución el pequeño Hans se encuentra confrontado con algo que va mucho más lejos que el momento, no obstante crítico, de la rivalidad a propósito de la recién llegada, su hermanita, mucho más grave que esta novedad que es para él el esbozo de maduración sexual que lo vuelve capaz de erecciones, incluso, la cuestión está abierta para los especialistas, de orgasmos. No es ni en el nivel interpsicológico, para hablar con propiedad, ni en el nivel de la integración de una nueva tendencia que se abre la crisis. Se los he subrayado y articulado bien, e incluso machacado entonces.

Es en tanto que, por un cierre en ese momento de la coyuntura, él se encuentra efectivamente y especialmente confrontado como tal con el deseo de su madre, y que se encuentra en presencia de ese deseo sin ningún recurso. La *Hilflosigkeit* de Freud, en su artículo sobre «Lo inconsciente», artículo de 1917, es esa posición de estar sin recur-

³ Sigmund FREUD: *La interpretación de los sueños* (1900 [1899]), en *Obras Completas*, Volúmenes 4 y 5, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1979. Cf. p. 132, n. 4: “Todo sueño tiene por lo menos un lugar en el cual es insondable, un ombligo por el que se conecta con lo no conocido.”, y p. 519: “Entonces ese es el ombligo del sueño, el lugar en que él se asienta en lo no conocido.” — *unerkannt*, “no conocido” o “no reconocido”, que Lacan, por su parte, define como “lo imposible de reconocer” (cf. *Respuesta de Jacques Lacan a un pregunta de Marcel Ritter*, en *Suplemento de las Notas*, 1, Escuela Freudiana de Buenos Aires, 1980).

⁴ Sigmund FREUD, *Análisis de la fobia de un niño de cinco años* (1909), en *Obras Completas*, Volumen 10, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1980.

⁵ Jacques LACAN, EL SEMINARIO, libro 4, *La relación de objeto*, 1956-1957, Ediciones Paidós.

sos, más primitiva que todo, y respecto de la cual la angustia es ya un esbozo de organización en tanto que ella es ya espera — si no se sabe de qué, si en todo caso no se lo articula inmediatamente, en todo caso ella es ante todo *Erwartung*, nos dice Freud. Pero antes hay esto, *Hilflosigkeit*, el “sin recursos”.⁶

¿El “sin recursos” ante qué? Lo que no es definible, centrable de ninguna otra manera que ante el deseo del Otro.

Es esta relación del deseo del sujeto, en tanto que tiene que situarse ante el deseo del Otro, quien sin embargo literalmente lo aspira y lo deja sin recursos, es en este drama de la relación del deseo del sujeto con el deseo del Otro que se constituye una estructura esencial, no solamente de la neurosis, sino de toda otra estructura analíticamente definida.

Comenzamos por la neurosis, estamos bastante lejos, habiendo partido de la perversión para que ustedes puedan entrever que la perversión también está ligada a ella. No obstante, subrayémoslo, no la hemos hecho entrar, a esta perversión, más que en ese momento instantáneo del fantasma, debido al fantasma, en tanto que el pasaje al acto en la perversión, y solamente en la perversión, lo revela.

En la neurosis, de la que se trata para nosotros de ceñir bien por el momento lo que tiene relación con esta estructura que yo articulo ante ustedes, es ese momento fecundo de la neurosis que yo apunto en el caso del pequeño Hans, porque ahí se trata de una fobia, es decir la forma más simple de la neurosis, aquella donde podemos palpar el carácter de la solución, aquel que les he ya articulado ampliamente a propósito del pequeño Hans mostrándoles la entrada en juego de ese objeto, el objeto fóbico, en tanto que es *un significante*⁷ para todo fin.

⁶ Aunque explícitamente Lacan menciona el artículo de Freud *Lo inconsciente*, de 1917, lo que dice en este da para suponer que en verdad se refiere al texto *Inhibición, síntoma y angustia*, de 1926, donde encuentran su lugar las nociones de desvalimiento y de espera..

⁷ {*un signifiant*} / JL: *insignificante {*insignifiant*}*, corregido arriba con letra manuscrita: {*un S^a*}

Está ahí, para ocupar ese lugar, *entre* el deseo del sujeto y el deseo del Otro, cierta función que es una función de protección o de defensa. Al respecto no hay ninguna ambigüedad sobre la formulación freudiana. El miedo del objeto fóbico está hecho para proteger al sujeto ¿de qué? — Esto está en Freud: del acercamiento de su deseo. Y es al considerar las cosas de más cerca que vemos aquello de lo que se trata: de su deseo en tanto que él está sin armas por relación a lo que en el Otro, la madre en este caso, se abre para Hans como el signo de su dependencia absoluta.

Ella lo llevará hasta el fin del mundo, lo llevará más lejos todavía; lo llevará tan lejos y tan a menudo como ella misma desaparece, se eclipsa. Como ella es la persona que en ese momento puede aparecerle ya no solamente como la que podría responder a todas sus demandas, ella le aparece con ese misterio suplementario de estar ella misma abierta a una falta cuyo sentido aparece en ese momento para Hans, de estar en cierta relación con el falo que sin embargo, este falo, él no lo tiene.

Es en el nivel de la falta en ser de la madre que se abre para Hans el drama que él no puede resolver más que al hacer surgir ese significante de la fobia cuya función plurivalente les he mostrado, una especie de clave universal, de clave para todos los fines que le sirve en ese momento para protegerse contra lo que, de una manera unívoca, todos los analistas experimentados han percibido, contra el surgimiento de una angustia más temible todavía que el miedo ligado, que el miedo fijado de la fobia. Ese momento, en tanto que es relación del deseo, que es algo que va en la estructura del fantasma [$\$ \diamond a$], en la oposición de $\$$ con a , a dar a este $\$$ algo que alivia su parte, que sostiene su presencia, que es algo donde el sujeto se re-engancha, ese punto donde en suma va a producirse el síntoma, el síntoma en el nivel más profundo en la neurosis, es decir en tanto que interesa de la manera más general, la posición del sujeto. Es esto lo que merece aquí ser articulado.

Si ustedes quieren procedamos en este orden: estar articulado primero, luego para preguntarnos si esta estructura del fantasma es tan fatal. ¿Cómo algo que se sostiene en el borde de ese punto de pérdida, de ese punto de desaparición indicado en la estructura del fantasma — como algo que se sostiene en el borde, que se sostiene a la entrada del

torbellino del fantasma — cómo ese algo es posible? Pues está muy claro que es posible.

El neurótico accede al fantasma. Accede a él en ciertos momentos elegidos de la satisfacción de su deseo. Pero todos sabemos que eso no es más que una utilización funcional del fantasma, que su relación al contrario con todo su mundo y especialmente sus relaciones con los otros, con los otros reales — es ahí que llegamos ahora — está profundamente marcada ¿por qué? Siempre se lo ha dicho: por una pulsión reprimida.

Esta pulsión reprimida, es su relación que tratamos de articular un poco mejor, de manera un poco más ceñida, de una manera también clínicamente más evidente. Vamos muy simplemente a ver cómo es posible esto.

Vamos de todos modos a indicar cómo se presenta esto. Tomemos al obsesivo, si ustedes quieren, y la histérica. Tomémoslos juntos en tanto que en un cierto número de rasgos vamos a verlos esclarecerse el uno por el otro.

El objeto del fantasma, en tanto que desemboca sobre este deseo del Otro, se trata de no aproximarlo, y para esto evidentemente hay varias soluciones. Hemos visto la que está ligada a la promoción del objeto fóbico, al objeto de prohibición {*interdiction*}. ¿De prohibición de qué? — al fin de cuentas, de un goce que es peligroso porque abre ante el sujeto el abismo del deseo como tal.

Hay otras soluciones, ya se las he indicado bajo esas dos formas esquemáticas en el informe de Royaumont.⁸ El deseo del sujeto, el sujeto puede sostenerlo ante el deseo de Otro. Lo sostiene de dos maneras:

Como deseo insatisfecho, es el caso de las histéricas. Les recuerdo el ejemplo de “la bella carnicera” donde esta estructura aparece

⁸ Jacques LACAN, *La dirección de la cura y los principios de su poder*, primer informe del Coloquio internacional de Royaumont, reunido del 10 al 13 de julio de 1958 por invitación de la Société Française de Psychanalyse, en *Escritos 2*, Siglo Veintiuno Editores, 13ª edición, pp. 565-626.

de una manera tan clara, ese sueño en cuyas asociaciones aparece la forma, de alguna manera confesada, de la operación de la histérica.⁹

La bella carnicera desea comer caviar, pero no quiere que su marido se lo compre, porque es preciso que ese deseo quede insatisfecho.¹⁰ Esta estructura, que está ahí figurada en una pequeña maniobra que forma por otra parte la trama y el texto de la vida cotidiana de estos sujetos, va mucho más lejos de hecho. Ella quiere decir, esta historieta, la función que la histérica se da a sí misma: es ella la que es el obstáculo, es ella la que no quiere. Es decir que en esta relación del sujeto con el objeto en el fantasma, ella viene a ocupar esa misma *posición tercera* que estaba recién atribuída al significante fóbico, pero de otra manera.

Es ella la que es el obstáculo, es ella la que es lo que está en juego *{l'enjeu}*¹¹ en realidad. Y su goce es impedir justamente el deseo en las situaciones que trama ella misma. Pues está ahí una de las funciones fundamentales del sujeto histérico en las situaciones que ella trama, su función es impedir al deseo llegar a término para seguir siendo por ello ella misma lo que está en juego.

Ella toma el lugar de lo que podríamos llamar con un término inglés: [*a puppet*], es decir algo como “un maniquí” *{mannequin}*. *Puppet* tiene un sentido más extenso, más general. Es “una falsa apariencia” *{faux semblant}*¹². La histérica, en tanto que en una situación tan frecuentemente observada que es verdaderamente en las observaciones reconocible con claridad — basta con tener su clave que es la de su posición *entre* una sombra que es su doble, una mujer que es, de manera oculta, ese punto precisamente donde se sitúa, donde se inserta

⁹ Jacques LACAN, *op. cit.*, pp. 600-609.

¹⁰ Sigmund FREUD, *La interpretación de los sueños* (1900 [1899]), en *Obras Completas*, Volumen 4, Amorrortu editores, 1979, *cf.* pp. 164-171.

¹¹ *l'enjeu*: es el dinero que se pone en juego al comenzar la partida y que se llevará el vencedor. Por extensión, es lo que se puede ganar o perder en una competición, en una empresa.

¹² *faux semblant*: menos literalmente, podría haber traducido por “simulacro” o “marioneta”.

su deseo en tanto que es preciso que ella no lo vea — la histérica se instituye, se presenta ella misma en este caso, como el resorte de la máquina, la que las suspende y las sitúa a una por relación a la otra como especies de marionetas donde ella misma tiene que sostenerse en esa relación desdoblada que es este $\mathcal{S} \diamond a$.

La histérica está sin embargo en el juego ella misma bajo la forma de aquella que al fin de cuentas es lo que está en juego.

El obsesivo tiene una posición diferente. La diferencia del obsesivo por relación a la histérica es quedar, él, fuera del juego. Su verdadero deseo ustedes lo observarán — confíen en estas fórmulas cuando se las vean con los sujetos clínicamente así calificables — el obsesivo es alguien que no está nunca verdaderamente ahí, en el lugar donde está en juego algo que podría ser calificado “su deseo”. Ahí donde arriesga el golpe, aparentemente, no es ahí que él está. Es de esta desaparición misma del sujeto, el \mathcal{S} , en el punto de abordaje del deseo, que él hace, si podemos decir, su arma y su escondite. El ha aprendido a servirse de esto para estar en otra parte.

Y, obsérvenlo bien, esto, desde luego, él no lo puede — porque no tiene otro lugar que aquel que estaba reservado hasta aquí a la estructura instantánea, relacional, de la histérica — él no lo puede más que al desplegar en el tiempo, al temporalizar esta relación, remitiendo siempre al día de mañana su compromiso en esa verdadera relación del deseo. Es siempre para mañana que el obsesivo reserva el compromiso de su verdadero deseo.

Esto no quiere decir que esperando ese término, él no comprometa nada. ¡Muy lejos de eso! El hace sus pruebas. ¡Mucho más! Puede llegar hasta considerar estas pruebas, lo que él hace, como un medio de adquirir para sí méritos. ¿Méritos en qué? — En la *reverencia*¹³ del Otro respecto de sus deseos. Estas cosas ustedes las constatarán realmente, confesándose en todo momento, incluso si el obsesivo no lo reconoce como tal, a este mecanismo. Pero es importante que ustedes sean capaces de reconocerlo, para designarlo.

¹³ **JL:** *référence*, corregido arriba: *réverence* / **AFI:** *referencia {*référence*}*

Pues después de todo hay ahí algo, yo lo digo, *importante*¹⁴, como aplastar este mecanismo bajo la forma de lo que arrastra en su estela, a saber todas esas relaciones inter-subjetivas que no se conciben más que ordenadas por relación a esta relación o a estas relaciones fundamentales tales como trato aquí de articularlas para ustedes.

¿Qué es al fin de cuentas lo que esto quiere decir? Quiero decir, antes incluso de que nos preguntemos cómo esto es posible, ¿qué es lo que vemos despuntar en esta posición neurótica? Está claro que lo que vemos aparecer es al menos esto: el llamado de auxilio del sujeto para sostener su deseo, para sostenerlo en presencia y en frente del deseo del Otro, para constituirse como deseante. Esto es lo que les indicaba la última vez, es que la única cosa que él no sabe, es que, constituyéndose como deseante, su camino está profundamente marcado por algo que está ahí detrás, a saber, el peligro que constituye esta pendiente del deseo. De manera que constituyéndose como deseante, no se da cuenta de que en la constitución de su deseo él se defiende contra algo, que su deseo mismo es una defensa y no puede ser otra cosa.

Aunque, para que esto pueda sostenerse, está claro que en cada caso él llama en su ayuda una cosa que se presenta en una posición tercera por relación a ese deseo del Otro, algo donde él pueda situarse para que la relación aspirante, desvaneciente del $\$$ ante el a sea sostenible $\{\$ \diamond a\}$. Es en la relación con el Otro, el Otro real, que vemos suficientemente indicado el papel de lo que permite al sujeto simbolizar. Pues no se trata de otra cosa que de simbolizar su situación, a saber, de mantener en acto algo donde él pueda reconocerse como sujeto, satisfacerse como sujeto, por asombrado que esté finalmente por ver que ese sujeto que se sostiene, se encuentra presa de todo tipo de actitudes contorsionadas y paradójales que lo designan a él mismo, desde que puede tener la menor visión reflexiva sobre su propia situación, como un neurótico presa de los síntomas.

Aquí interviene ese elemento que la experiencia analítica nos ha enseñado a poner en un punto clave de las funciones significantes y que se llama *el falo*. Si el falo tiene la posición clave que yo designo en este momento, es muy evidentemente en tanto que signifiante, que

¹⁴ **JL:** *{important}* / **AFI:** *importuno *{importun}**

significante ligado a algo que tiene un nombre en Freud, y cuyo lugar en la economía inconsciente misma Freud no ha disimulado en modo alguno, a saber, *la ley*.

A este respecto, todo tipo de tentativa de reconducir el falo a algo que se equilibre, que se componga con tal otro correspondiente funcional en el otro sexo, es algo que, desde luego, desde el punto de vista de la inter-relación del sujeto, tiene su valor si podemos decir genético, pero que no puede ejercerse, producirse más que a condición de desconocer lo que es completamente esencial en la valorización del falo como tal.

Este no es pura y simplemente un órgano. Ahí donde es un órgano, es instrumento de un goce, no está, en ese nivel, integrado en el mecanismo del deseo, porque el mecanismo del deseo es algo que se sitúa en otro nivel, que para comprender lo que es este mecanismo del deseo es preciso definirlo visto desde el otro lado, es decir una vez instituidas las relaciones de la cultura, y a partir o no del mito del asesinato primordial.

El deseo, de todas las demandas, se distingue en cuanto que es una demanda sometida a la ley. Esto tiene el aspecto casi de derribar una puerta abierta, pero es de todos modos de esto que se trata cuando Freud nos hace la distinción entre las demandas que responden a las necesidades llamadas de conservación de la especie o del individuo, y aquellas que están sobre otro plano. Es por esto que decimos que aquellas que están sobre este otro plano se distinguen de las primeras en el sentido de que ellas pueden ser diferidas... pero después de todo, si el deseo sexual puede ser diferido en sus efectos, en su pasaje al acto en el hombre, es de una manera seguramente ambigua.

¿Puede ser diferido? ¿Por qué puede serlo más en el hombre que en los animales donde, después de todo, no sufre tantos diferimientos? Es en razón sin ninguna duda de una flexibilidad genética; es también y esencialmente — pues nada es articulado en el análisis si no se articula a este nivel — en tanto que es sobre ese deseo sexual mismo que está edificado el orden primordial de intercambios que funda la ley por la cual entra al estado viviente el número como tal en la inter-psicología humana. La ley llamada de la alianza y del parentesco por la cual vemos aparecer esto: que el falo, fundamentalmente, es el sujeto

en tanto que objeto de ese deseo, estando este objeto sometido a lo que llamaremos la ley de la fecundidad.

Y también es así que cada vez que se hace intervenir de una manera más o menos develada y más o menos iniciática el falo, éste es, a los que participan en esta iniciación, develado. Si la función del padre, para el sujeto, en tanto que “autor de sus días” como se dice, no es más que el significante de lo que yo llamo aquí la ley de la fecundidad, en tanto que ella regla, que ella anuda el deseo a una ley, efectivamente esta significación fundamental del falo es aquello de lo que parte toda la dialéctica del deseo, en tanto que el deseo, en tanto que se expresa en él *el ser del sujeto* en el punto de su pérdida, se interpone sobre el trayecto de esta funcionalización del sujeto en tanto que falo, de aquello por lo cual el sujeto se presenta en la ley de intercambio definida por las relaciones fundamentales que reglan las inter-relaciones del deseo en la cultura... Es en tanto que el sujeto es, en tanto que a partir de cierto momento no es más, falta en ser *{il manque à être}*, no puede ya captarse, es del reencuentro de esto con su función fálica, con su función fálica en los lazos reales de las relaciones con los otros reales de la generación real del linaje, es aquí que se produce el punto de equilibrio que es aquel en el que nos detuvimos al final del sueño del paciente de Ella Sharpe.¹⁵

Si he injertado toda la gran digresión sobre *Hamlet* en este nivel,¹⁶ es en tanto que ese sujeto nos presentaba en su sueño, bajo la forma más pura, esa alternancia del *to be or not...*, del que ya he hecho mención. Es, a saber, ese sujeto que se calificaba a sí mismo como “nadie” *{“personne”}*¹⁷. Ese sujeto en el momento en que se acerca a su deseo, en que pone allí apenas el dedo, en que tiene que elegir entre no ser nadie *{n’être personne}* o ser tomado, absorbido enteramente en el deseo devorante de la mujer, que inmediatamente después es intimado a ser o no ser, dar nacimiento al *to be* de la segunda parte, que no tiene el mismo sentido que en la primera, el *no ser* de la estructura

¹⁵ Cf. las clases 8-12 de este seminario, sesiones de Enero-Febrero de 1959.

¹⁶ Cf. las clases 13-19 de este seminario, sesiones de Marzo-Abril de 1959.

¹⁷ *personne*: como nombre femenino, “persona”, como pronombre (nominal) indefinido, “nadie”.

primordial del deseo, se ve ofrecido a una alternativa: para *ser*, es decir *ser el falo*, él debe ser el falo para el Otro, el falo marcado; para ser lo que puede ser como sujeto, está ofrecido a la amenaza del *no tenerlo*.

Si ustedes me permiten servirme de un signo llamado lógico, que es el \vee {*vel*} del que uno se sirve para designar el “o bien, o bien” de la distinción, el sujeto ve abrirse para él la elección entre:

- el *no serlo*: no ser el falo

- o, si lo es: *no tenerlo*, es decir ser el falo para Otro, el falo en la dialéctica intersubjetiva. Es de eso que se trata.¹⁸

Y es en este juego que el neurótico experimenta la aproximación, la integración de su deseo como una amenaza de pérdida.

El *no-uno* en el cual se designa el \S en la estructura fundamental del deseo, se transforma en un “uno en exceso” {*un en trop*}, o “algo de más” {*quelque chose en trop*} o “algo en menos” {*quelque chose en moins*}, en la amenaza de la castración para el hombre o en el falo sentido como ausencia para la mujer. Es por esto que se puede decir que a la salida de la demistificación analítica de la posición del neurótico, algo parece quedar en la estructura, al menos aquello de lo que nos testimonia Freud en su propia experiencia, que se presenta como un resto, como algo que, para el sujeto, le hace en todo los casos quedar en una posición inadecuada, la del *peligro para el falo* en el hombre, la de la *ausencia del falo* en la mujer.

Pero también es quizá en tanto que, en el sesgo adoptado primero para la solución del problema neurótico, la dimensión transversal, aquello en lo cual el sujeto en su deseo se las ve con la manifestación de su ser como tal, con él como autor posible del corte, esta dimensión es descuidada; que, en otros términos, la mira del analista va a la reducción de la posición neurótica del deseo y no al desprendimiento de

¹⁸ En este punto la versión **JL** carece de una página, la 17, que reemplazan otras versiones.

la posición del deseo como tal, fuera de esta captura de esta dialéctica particular que es la del neurótico.

¿Cómo volver una vez más sobre estos puntos para hacerles sentir todavía mejor su articulación? Seguramente lo he traído aquí sobre su filo más puro. Es muy cierto que esto arrastra consigo no solamente toda la anécdota de la historia del sujeto, sino también otros elementos estructurales en su pasado. Quiero decir lo que hemos manifestado, destacado en el momento querido, lo que es lo que se relaciona como tal con el drama narcisista, con la relación del sujeto con su propia imagen.

Por supuesto que al fin de cuentas es ahí que se inserta para el sujeto — Freud lo subrayó muchas veces en su momento y en sus propios términos — el temor de la pérdida del falo, el sentimiento también de la falta de falo. El yo {*moi*}, en otros términos, está interesado, pero señálemoslo entonces en ese nivel, que, si interviene, si puede intervenir en ese lugar donde el sujeto puede tener que sostenerse en esta dialéctica compleja donde él teme perder en la relación con el otro su privilegio, y bien, eso no es ciertamente si la relación narcisista con la imagen del otro interviene en razón de algo que nosotros podríamos llamar debilidad del yo, pues después de todo en todos los casos en los que constatamos tal debilidad, aquello a lo cual asistimos, es al contrario a una dispersión de la situación, incluso a un bloqueo de la situación.

Después de todo no tengo aquí más que hacer alusión a algo que les es a todos familiar, que ha sido creo traducido en la revista, al caso notorio de Melanie Klein, a saber de ese niño que estaba verdaderamente introducido como tal en esa relación del deseo con el significante, pero que se encontraba por relación al otro, a la relación posible sobre el plano imaginario, sobre el plano gestual, comunicativo, viviente con el otro, completamente suspendido, tal como nos lo describe Melanie Klein.¹⁹

¹⁹ Melanie KLEIN, *La importancia de la formación de símbolos en el desarrollo del yo* (1930), en *Contribuciones al psicoanálisis. Psicoanálisis del desarrollo temprano*, Ediciones Hormé, Buenos Aires, 1974, pp. 60-87. — Lacan ya había abordado este texto de Melanie Klein en: Jacques LACAN, *EL SEMINARIO*, libro 1,

No sabemos todo de ese caso, y después de todo no podemos decir que Melanie Klein haya hecho otra cosa que presentarnos ahí un caso notable. Y lo que ese caso demuestra, es que seguramente este niño que no hablaba es ya tan accesible y tan sensible a las intervenciones habladas de Melanie Klein que para nosotros, en nuestro registro, en aquel que intentamos desarrollar aquí, su comportamiento es verdaderamente deslumbrante.

Las únicas estructuras del mundo que son para él accesibles, sensibles, manifiestas, manifestantes desde los primeros momentos con Melanie Klein, son estructuras que llevan en sí mismas todos los caracteres de la relación con la cadena significativa. Melanie Klein nos las designa: es la pequeña cadena del tren, es decir de algo que está constituido por un cierto número de elementos enganchados los unos a los otros; es una puerta que se abre o que se cierra — tanto como decir lo que, cuando yo trataba de mostrarles en las utilizaciones posibles de tal esquema cibernético en nuestro manejo del símbolo, lo que es la forma más simple de la alternancia “sí o no” que condiciona el significante como tal, “una puerta debe estar abierta o cerrada”.²⁰

Es alrededor de eso que todo el comportamiento del niño se limita. No es sin embargo nada más que al tocar con eso en algunas palabras que son de todos modos frases y algo esencialmente verbal que, desde los primeros momentos, ¿qué es lo que obtiene del niño la intervención de Melaine Klein? Su primera reacción es a mi entender casi prodigiosa en su carácter ejemplar: es ir a situarse — y esto está en el texto — entre dos puertas, entre la puerta interior de los consultorios y la puerta exterior, en un espacio negro donde uno se asombra de que Melanie Klein — quien por ciertos aspectos ha visto tan bien los elementos de estructura, como los de la introyección y de la expulsión, a saber, ese límite del mundo exterior de lo que podemos llamar las tinieblas interiores por relación a un sujeto — no ha visto la puerta de esta zona intermedia que no es nada menos que aquella que nosotros

Los escritos técnicos de Freud, 1953-1954, Editorial Paidós. Cf. cap. VII. La topica de lo imaginario, pp. 119-140.

²⁰ Jacques LACAN, EL SEMINARIO, libro 2, *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, 1954-1955, Editorial Paidós. Cf. cap. XXIII: Psicoanálisis y cibernética, o de la naturaleza del lenguaje, pp. 435 y ss.

distinguiamos así: aquella donde se sitúa el deseo, a saber, esa zona que no es ni el exterior, ni el interior, articulada y construida, tan reducida en ese sujeto, sino lo que se puede llamar, pues encontramos en algunas estructuras de los poblados primitivos esas especies de zonas baldías entre las dos, la zona de *no man's land* entre la población y la naturaleza virgen, que es precisamente aquello donde ha quedado atascado el deseo del pequeño sujeto.

Es ahí que vemos intervenir posiblemente al yo {*moi*}, y desde luego esto es en toda la medida en que este yo es no débil, sino fuerte, que vendrán como lo he repetido siempre y cien veces, a organizarse las resistencias del sujeto. Las resistencias del sujeto en tanto que son las formas de coherencia mismas de la construcción neurótica, es decir de aquello en lo cual él se organiza para subsistir como deseo, para no ser el lugar de ese deseo, para estar protegido del deseo del Otro como tal, para ver interponerse entre su manifestación más profunda como deseo y el deseo del Otro esa distancia, esa coartada que es aquella donde se constituye respectivamente como fóbico, histérico, obsesivo.

Volveré, es preciso, sobre un ejemplo que Freud nos da, desarrollado, de un fantasma. No es vano volver a eso luego de haber hecho este rodeo. Es el fantasma: “Se pega a un niño” {*On bat un enfant*}.²¹ Aquí podemos captar los tiempos que nos permiten volver a encontrar la relación estructural que hoy tratamos de articular.

¿Qué tenemos? El fantasma de los obsesivos. Niñas y varoncitos se sirven de ese fantasma para llegar — ¿a qué? — al goce masturbatorio. La relación con el deseo es clara. Este goce, ¿cuál es su función? Su función aquí es la de toda satisfacción de necesidad en una relación con el más allá que determina la articulación de un lenguaje para el hombre. Esto es, a saber, que el goce masturbatorio aquí no es la solución del deseo, es su aplastamiento, exactamente como el niño de pecho en la satisfacción de la alimentación aplasta la demanda de amor respecto de la madre.

²¹ Sigmund FREUD, «Pegan a un niño». *Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales* (1919), en *Obras Completas*, Volumen 17, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1979, pp. 173-200.

E igualmente esto está casi signado por algunos testimonios históricos. Quiero decir, puesto que hemos aludido en su momento a la perspectiva hedonista, a su insuficiencia para calificar el deseo humano como tal — no olvidemos, después de todo, el carácter ejemplar de uno de sus puntos paradójales como tales, evidentemente dejado en la sombra de la vida de aquellos que se han presentado en la historia como los sabios, y los sabios de una disciplina cuyo fin, calificado de filosófico, era precisamente, por razones después de todo válidas puesto que metódicas, la elección, la determinación de una postura por relación al deseo, postura que consiste también en el origen en excluirlo, en volverlo caduco. Y toda perspectiva hablando con propiedad hedónica participa de esta posición de exclusión, como lo demuestra el ejemplo paradójal que voy aquí a recordarles, a saber de la posición de los cínicos, para quienes, de una manera completamente categórica — la tradición, por boca de Crisipo,²² si mi recuerdo es bueno nos transmite su testimonio — ...es decir que Diógenes el Cínico anunciaba, al punto de hacerlo en público a la manera de un acto demostrativo, y no exhibicionista, que la solución del problema del deseo sexual estaba, si puedo decir, “al alcance de la mano de cada uno”, y él lo demostraba brillantemente al masturbarse.

El fantasma del obsesivo es por lo tanto algo que, desde luego, tiene una relación con el goce, del que es incluso señalable que pueda convertirse en una de sus condiciones, pero cuya estructura Freud nos demuestra que tiene valor de lo que yo designo como siendo su valor de índice, puesto que lo que ese fantasma puntúa no es otra cosa que un rasgo de la historia del sujeto, algo que se inscribe en su diacronía. Esto es, a saber, que el sujeto, en un pasado por consiguiente olvidado, ha visto, nos dice el texto de Freud, a un rival — que sea del mismo sexo o de otro, poco importa — sufrir las sevicia del ser amado, en algún caso del padre, y ha encontrado en esa situación original su dicha {*son bonheur*}.

¿En qué el instante fantasmático perpetúa, si podemos decir, ese instante privilegiado de dicha? Es aquí que la fase intermedia que nos es designada por Freud toma su valor demostrativo. Es en tanto que en un tiempo, nos dice Freud, que no puede ser más que reconstruido — esto se señala en el hecho de que en Freud no encontramos el testimo-

²² Informado por Diógenes Laercio, *Vida y opiniones de los filósofos*.

nio más que de ciertos momentos inconscientes que son propiamente hablando inaccesibles como tales. Que él tenga razón o se equivoque en el caso preciso, determinado, por el momento está fuera de cuestión. Igualmente no se equivoca, pero lo importante es que él designa esta etapa intermedia como algo que no puede ser más que reconstruido.

Y esta etapa intermedia entre el recuerdo histórico en tanto que designa al sujeto en uno de sus momentos de triunfo, recuerdo histórico que en el peor de los casos no está más que reprimido, y que puede ser vuelto a traer a la luz, aquello en lo cual el instante fantasmático juega allí el papel de índice, eterniza si se puede decir ese momento, haciendo de él el punto de fijación de algo muy diferente, a saber del deseo del sujeto; y bien, esto no sucede más que por relación a un momento intermedio que llamaré aquí, aunque sea un punto donde no pueda ser más que reconstruido, como hablando con propiedad metafórico.

¿Pues de qué se trata en este momento intermediario, ese segundo tiempo del que Freud nos dice que es esencial para la comprensión del funcionamiento de este fantasma? Es de esto: es que al otro, el hermano rival que es la presa de la cólera y del castigo infligido por el objeto amado, el sujeto se sustituye él mismo. Es decir que en ese segundo tiempo es él quien es castigado.

Nos encontramos ahí ante el enigma en estado desnudo de lo que comporta esta metáfora, esta transferencia. ¿Qué es lo que el sujeto busca allí? ¿Qué extraña continuación dar a su triunfo esta manera de pasar él mismo a su vez por las horcas caudinas de lo que ha sido infligido al otro! ¿Acaso no nos encontramos ahí ante el enigma último — Freud tampoco lo disimula — de lo que viene a inscribirse en la dialéctica analítica como masoquismo, y cuya conjunción vemos después de todo presentarse bajo una forma pura? Esto es, a saber, que algo en el sujeto perpetúa la dicha de la situación inicial en una situación oculta, latente, inconsciente, de desdicha {*malheur*}.

Que aquello de lo que se trata en ese segundo tiempo hipotético, es en suma de una oscilación, de una ambivalencia, de una ambigüedad más precisamente de lo que el acto de la persona autoritaria, en este caso el padre, comporta de reconocimiento. El goce que toma ahí

al sujeto es aquello hacia lo cual él desliza de un accidente de su historia a una estructura donde va a aparecer como ser, como tal. Es esto, que es en el hecho de alienarse, es decir de sustituirse aquí al otro como víctima, que consiste el paso decisivo de su goce en tanto que éste desemboca en el instante fantasmático *donde no es más él mismo entonces sino “se” {on}*²³.

Por una parte instrumento de la alienación, en tanto que ésta es desvalorización, él es “se pega” por un lado, y es por esto que hasta cierto punto he podido decirles que se convierte pura y simplemente en el instrumento fálico en tanto que es aquí instrumento de su anulación. — ¿Confrontado con qué? Con “se pega a un niño”, un niño sin rostro, un niño que ya no es nada más que el niño original, ni tampoco el niño que ha sido en el segundo tiempo él mismo, del que no hay ninguna, siquiera especial, determinación de sexo. El examen de la sucesión de los fantasmas escalonados de los que nos habla Freud lo muestra. El está confrontado con lo que podemos llamar una suerte de extracto del objeto.

Es en esta relación, sin embargo, del fantasma, que vemos des-puntar en ese momento lo que, para el sujeto, constituye el instante privilegiado de su goce. Diremos que el neurótico... — y veremos la próxima vez cómo podemos oponerle algo muy particular, no la perversión en general, pues aquí la perversión en aquello que nosotros exploramos como estructura juega un papel de punto pivote, pero donde podemos oponerle algo muy especial, y cuyo factor común no parece haber sido hallado hasta aquí, esto es, a saber, la homosexualidad — ...pero para atenernos al respecto hoy aquí al neurótico, su estructura más común, fundamental, reside al fin de cuentas en esto: que si se desea deseante, deseando ¿qué? Algo que no es al fin de cuentas sino lo que le permite sostener en su precariedad, su deseo como tal. Sin saber que toda la fantasmagoría está hecha para eso, a saber que [su deseo] son sus síntomas mismos los que son el lugar donde él [¿confiesa? ¿encuentra?] su goce, esos síntomas no obstante tan poco satisfactorios en sí mismos.

El sujeto por lo tanto se presenta aquí como, no diré de ningún modo un *ser puro* {*être pur*} — aquello de lo cual he partido para in-

²³ STF: *donde él es más “se” {«on»} que él mismo*

dicarles lo que quería decir la relación de esta manifestación particular del sujeto con lo real — sino un *ser-para* {*être-pour*}. La ambigüedad de la posición del neurótico está enteramente aquí, en esta metonimia que hace que es en este *ser-para*, que reside todo su *para-ser* {*pour-être*}.

**establecimiento del texto,
traducción y notas:
RICARDO E. RODRÍGUEZ PONTE**

**para circulación interna
de la
ESCUELA FREUDIANA DE BUENOS AIRES**

24-08-10

FUENTES PARA EL ESTABLECIMIENTO DEL TEXTO, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE ESTA 24ª SESIÓN DEL SEMINARIO

- **JL** — Jacques LACAN, *Le désir et son interprétation*, Séminaire 1958-1959. Lo que Lacan hablaba era recogido por una taquígrafa, luego decodificado y dactilografiado, y el texto volvía a Lacan, quien a veces lo revisaba y corregía. De dicho texto se hacían copias en papel carbónico y luego fotocopias. La versión dactilografiada que utilizamos como fuente para esta *Versión Crítica* se encuentra en la Biblioteca de la Escuela Freudiana de Buenos Aires con el código: C-255/1 y en <http://www.ecole-lacanienne.net/index.php3>, página web de *l'école lacanienne de psychanalyse*. Se trata de una fuente de muy mala calidad (fotocopia borrosa, sobreenotada, etc.).
- **GAO** — Jacques LACAN, Séminaire VI – *Le désir et son interprétation*, version rue CB (version du secrétariat de J Lacan déposée à Copy86, 86 rue Claude Bernard 75005), en <http://gaogoa.free.fr/Seminaire.htm>
- **AFI** — Jacques LACAN, *Le désir et son interprétation*, Séminaire 1958-1959, Publication hors commerce. Document interne à l'Association freudienne internationale et destinée à ses membres, Paris, Juillet 1996.
- **STF** — Jacques LACAN, *Le désir et son interprétation*, 1958-1959. Esta versión tuvo como fuentes principales las denominadas **JL**, **GAO** y tres fascículos en el formato “tesis universitaria”; en <http://staferla.free.fr/>
- **JBP** — Jacques LACAN, *Le désir et son interprétation*, compte rendu de Jean-Bertrand PONTALIS de las lecciones del 12, 19, 26 de noviembre, 3, 10, 17 de diciembre de 1958, 7 de enero de 1959, publicado en el *Bulletin de Psychologie*, tome XIII/5, n° 171, 5 janvier 1960, pp. 263-72 y tome XIII/6, n° 172, 20 janvier 1960, pp.329-35, Groupe d'Études de Psychologie de l'Université de Paris. Este texto se encuentra también como Annexe VI de la versión de Michel Roussan de: Jacques LACAN, *L'identification*, séminaire IX, 1961-1962.
- **NV** — Jacques LACAN, *El deseo y su interpretación*, Transcripción de J. B. Pontalis, traducción de Oscar Masotta, en Jacques LACAN, *Las formaciones del inconsciente*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1976, pp. 125-173.